

quereis conduciros según vuestros caprichos y no según los sabios consejos de un sacerdote ilustrado, no encontrareis nunca un buen camino. Tomad la resolución de nó hacer aprecio de los discursos del mundo, de vencer con constancia las dificultades que Dios permita que encontréis en el camino de su divino servicio.

3.—Los Magos terminaron su viaje, reconociendo al Niño Jesús por el Señor del cielo y de la tierra. Ven la Estrella detenerse sobre una gruta, cuando ellos pensaban ser conducidos á un suntuoso palacio: ven en la gruta, un niño pequeño, desnudo, pobre, temblando, recostado en la paja, cuando creían encontrar una cuna de oro y de púrpura. Mas, prevenidos por las luces celestiales, creen que ese niño es verdadero Dios y verdadero hombre; y postrados en tierra le adoraron, ofreciéndole el tributo de sus dones. Pedid á Jesús una luz semejante, é imitad á los Magos, haciendo actos de fe, de adoración y de ofrenda: ofreced vos también el oro de la caridad, el incienso de la devoción y la mirra de la mortificación. «No aparecerá delante del Señor con las manos vacías.»¹ No debéis ir al santo altar sin una ofrenda que presentar á Jesús; pues su humillación bajo las especies del pan, no es menor que la humillación del pesebre; y así, el Padre eterno quiere que la una y la otra sean recompensadas; la primera por la adoración y la ofrenda de los Magos, la segunda por la adoración y la ofrenda de los sacerdotes. Mirad cuál es vuestra reverencia en la celebración del Santo Sacrificio, y qué ofrendas traéis ante el altar. Pedid perdón de las irreverencias y de las ingratitudes de que os habeis hecho culpable en vuestros ministerios, y sobre todo, prometed ejercer en lo venidero estas funciones sagradas con mayor respeto y con mejores disposiciones.

Da nobis, quaesumus omnipotens Deus, ut qui nova Incarnati Verbi tui luce perfundimur; hoc in nostro resplendeat opere, quod per fidem fulget in mente. Per Dominum nostrum, etc.—LECTURA: Imit. I, 2, 7; II, 7.

¹ Non apparebit in conspectu meo vacuus. Deut. XVI, 16.

XIV MEDITACION

De la vida oculta de Jesús.

SÉPTIMO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

1. *Preludio.*—Representaos á Jesús ya crecido en edad, en el taller de San José. Ejerce el oficio de carpintero; obedece á las menores señales de su padre putativo, y á los deseos de su Santísima Madre, con toda la sumisión que puede desearse de un hijo dócil y respetuoso. Se dedica á los oficios más humildes; barre la casa, toma la sierra, labra la madera y se entrega á otros trabajos semejantes.

2. *Preludio.*—Pedid á Jesús que se digne transformar su taller en una escuela para vos, y que se haga él mismo vuestro maestro, en las heroicas virtudes que allí practica. A este fin dirigidle estas palabras: «Conducidme en vuestra verdad é instruidme;¹ » ó estas otras: «vuestra ley es la que me instruirá.² » Estas palabras podrán servir de oraciones jaculatorias por la tarde.

La meditación contiene tres puntos: La vida oculta de Jesús fue: 1.º un continuo acrecentamiento en virtud, 2.º un continuo ejercicio de obediencia, 3.º un continuo contraste con las máximas del mundo.

I

Refleccionad en estas palabras de San Lucas: « Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres. »³

¹ Dirige me in veritate tua, et doce me. Ps. XXIV, 5.

² Disciplina tua ipsa me docebit. Ps. XVII, 36.

³ Jesus proficiebat sapientia, et ætate, et gratia apud Deum et homines. Luc. II, 52.

I.—Crecía en edad y en estatura, iba tomando fuerzas y se robustecía. Bien habría podido, al entrar en el mundo, aparecer con el rostro y las formas de la edad viril, con todos los caracteres del hombre formado. El primer Adán, creado por Dios nos aparece al salir de las manos divinas, no como un niño, sino como un hombre en la fuerza de la edad. En estas condiciones, habría podido el Verbo al encarnarse, tomar su santa humanidad: mas Nuestro Señor quiso pasar por las diversas edades del hombre, por la infancia, por la adolescencia, por la virilidad, y someterse á las flaquezas y á las debilidades de estas diversas condiciones, para santificar de este modo las diversas épocas de nuestra vida. Pedidle que aplique los méritos adquiridos por él, dur ante estas diversas edades, para satisfacer por las faltas que nosotros hemos cometido, en estas mismas edades. «Olvidad nuestras antiguas iniquidades. ¹ » «Olvidad las faltas de mi juventud y mis pecados de ignorancia. ² » El fin por el cual Jesús alimentaba su cuerpo y le hacía crecer, era para que estuviera propio para sufrir la pasión y la muerte que su Padre celestial exigía de él. Mas vos, ¿con qué fin habeis hasta hoy alimentado vuestro cuerpo? Al tomar los alimentos, ¿habeis tratado de santificar esa acción animal, elevándola por alguna intención sobrenatural? No ignorais que Inocencio XI ha condenado esta proposición: «Comer y beber hasta la saciedad, por puro placer sensual, no es un pecado. ³ » Sin embargo, ¡cuántas veces no habeis caído en esta falta, no buscando en las comidas sino la satisfacción del cuerpo! El fin del comer y del beber es conservar la salud, hacernos aptos para servir á Dios y cumplir todas nuestras obligaciones: nó hay que admirarse si después de estos abusos habeis encontrado muchas veces la carne recalcitrante, contumaz y rebelde. «El que desde la infancia alimenta con delicadeza á

¹ Ne memineris iniquitatum nostrarum antiquarum. Ps. LXXVIII, 8.

² Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris. Ps. XXIV, 7.

³ Comedere et bibere ad satietatem ob solam voluptatem nullum est peccatum.

su esclavo, pronto lo verá rebelarse. ¹ » Todas esas delicadezas en el vestido, en el dormir, el comer, el beber, hacen que el cuerpo, que debería obedecer como esclavo á la razón, se rebele contra su señor; y si esta rebelión no estalla en el acto mismo en que el cuerpo es tratado con tanto regalo, por lo menos ya se declarará con el tiempo. «Al asno, la pastura, el garrote y la carga, al esclavo, el pan, la corrección y el trabajo. ² » Se alimenta á la bestia de carga para que trabaje, se le azota para que no respingue, y se le carga para que sirva. Este es el tratamiento que debeis dar al cuerpo. *Panis*, un alimento común; *disciplina*, un freno; *opus*, el trabajo.

2.—Jesús crecía en sabiduría, en gracia y en virtud. Esto no debe entenderse de un crecimiento que se hiciera en el progreso de los años, por una adquisición nueva de sabiduría ó de gracia habitual: pues Jesús desde el primer instante de su concepción estuvo lleno de gracia y de verdad, *plenum gratiæ et veritatis*. Se debe entenderlo con Santo Tomás, P. 3, q. 7. art. 12, en este sentido, que crecía en las obras y en los efectos de la sabiduría y de la gracia, manifestando siempre una virtud más grande en las obras más grandes y más excelentes que no cesaba de practicar de día en día. Del mismo modo que el sol, aunque siempre tiene en sí la misma luz, acostumbramos decir que crece, cuando subiendo á la mitad del cielo, deja ver más y más resplandeciente la corona de sus rayos. Así pues, el verdadero sentido de estas palabras, es éste: todos los días, Jesús dejaba ver más y más en su semblante, en sus movimientos, en sus pasos, en sus palabras, en sus obras, una modestia, una prudencia, una sabiduría, una piedad, en relación con sus años; pues no pudiendo crecer estas virtudes interiormente, crecían en lo exterior. ¿Os parece que con la edad crezca en vos igualmente la virtud? ¿Cuántos años contais de vida? ¿cuántos años de

¹ Qui delicate a pueritia nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem. *Prov.* XXIX, 21.

² Cibaria et virga, et onus asino; panis, et disciplina, et opus ser-vo. *Ecclesi.* XXXIII, 25.

sacerdocio? Avanzando en la edad, tal vez habeis progresado en las ciencias humanas; ¿habeis crecido igualmente en la práctica de las virtudes? ¿No sereis tal vez de aquellos que Isaías llama, un anciano que no acaba el tiempo de su vida, un niño de cien años? ¹ Si fuese así, comenzad con ardor á reparar los perjuicios de la vida pasada, «*redimentes tempus.*» Apesuraos, así como un viajero que habiendo perdido mucho tiempo en descansar, va á sus compañeros que ya van muy adelante, y la noche se aproxima y se encuentra todavía lejos del término á donde ya debía haber llegado: y aun sería peor, si en lugar de avanzar en la perfección, hubiésemos vuelto para atrás. Tal vez al principio de vuestro sacerdocio, éramos más fervorosos y piadosos en la celebración de la santa Misa y en la recitación del oficio divino; y ahora en lugar de crecer realmente en la virtud, nó hacemos estos mismos ejercicios sino por costumbre y por rutina. «La vida de los justos, dice el Espíritu Santo, es como la luz de la mañana que va creciendo siempre hasta el pleno medio día.» ² Y así, crecer de esta suerte, no es crecer solamente en los límites de una virtud, sino es crecer de virtud en virtud. ³ Estas almas, nunca saciadas, aspiran siempre á más alto grado de luz y de gracia. «Ellas tienen hambre y sed de justicia.» ⁴ Por el contrario, la vida de los tibios es como la luz del día que en la tarde va disminuyendo para dar lugar á las tinieblas y á la oscuridad de la media noche: «El camino de los impíos es oscuro; no saben á dónde se precipitan.» ⁵ Poco á poco estas almas llegan á tal ceguera, que no notan sus faltas; el pecado no les parece pecado, ó por lo menos, el pecado mortal no es á sus ojos sino pecado venial. Si sois de estos retrógrados, abrid los ojos, y pedid á Jesús, por su crecimiento en los actos de las virtudes, que os con-

¹ Senex qui non implet dies suos, puer centum annorum. LXV, 20.

² Justorum semita, quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectum diem. Prov. IV, 18.

³ Ibunt de virtute in virtutem. Ps. LXXXIII, 8.

⁴ Esuriunt, et sitiunt justitiam. Matth. V, 6.

⁵ Via impiorum tenebrosa; nesciunt ubi corruant. Prov. IV, 19.

ceda la gracia de imitar los ejemplos de su vida privada: pedidle también que os dé la fuerza necesaria para no cansaros jamás en el camino de la perfección eclesiástica; porque en esto, según San Bernardo, el no adelantar es retroceder. ¹

3.—Jesús crecía delante de Dios y delante de los hombres. ² Por lo cual debemos notar, que el crecimiento en la virtud, debe tener tres propiedades.—1º) Debe manifestarse no solamente delante de los hombres, sino también delante de Dios; pues de otra manera nuestra virtud no sería verdadera virtud; sino más bien sería una máscara de virtud, una verdadera hipocresía. En este sentido ha dicho el Señor: «Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos de ellos.» ³ No está el mal en hacer el bien delante de los hombres, «*coram hominibus*» sino el hacerlo con el fin de ser vistos, «*ut videamur ab eis*» con el solo fin de atraerse el favor del mundo. Esto es, dice el profeta Ageo, gastar todo en pura pérdida; es amontonar tesoros de buenas obras para echarlas en un saco desgarrado y sin fondo. «El que ha amontonado dinero, lo ha puesto en un saco roto.» ⁴ Así se pierde todo el fruto de su trabajo, sin ganar ni aun esa estimación de los hombres que se busca; por otra parte, la ficción no puede durar mucho tiempo y la mentira avanza lentamente. «La esperanza del hipócrita será destruida.» ⁵—2º) Jesús crecía no solamente delante de Dios, sino también delante de los hombres. En este sentido dice también el Señor: «Que brille así vuestra luz delante de los hombres, á fin de que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.» ⁶ Esto es necesario, sobre todo en un eclesiástico, que debe

¹ Non proficere est deficere. Ep. II, 3.

² Apud Deum et homines. Luc. IX, 52.

³ Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis. Matth. VI, 1.

⁴ Qui mercedes congregavit, misit eas in saccum pertusum. Agg. I, 6.

⁵ Spes hypocritæ peribit. Job. VIII, 13.

⁶ Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Matth. V, 16.

ser para los demás, una regla, un modelo de la perfección evangélica: «*Forma facti gregis.*»—3^o) Primero delante de Dios, y después delante de los hombres. No debemos cuidarnos de los hombres, con tal que estemos seguros de agradar á Dios: pretender agradar á todo el mundo, es querer lo imposible; basta que nuestra conducta sea aprobada por Dios y por los hombres, que realmente son hombres, es decir, razonables. Agradar solamente á Dios, es poco; agradar solamente á los hombres es cosa vana; agradar á todos los hombres es imposible. El verdadero y buen eclesiástico debe procurar unir al mismo tiempo la gloria de Dios y el bien del prójimo: no debe preocuparse mucho de ver á las personas poco sensatas y dignas de vituperio, censurar sus acciones. «Si yo agradase todavía á los hombres, no sería siervo de Cristo.»¹ Recogeos dentro de vos; y si encontrais haber faltado en alguna cosa, sea en no buscar la gloria de Dios en vuestras obras, sea buscando demasiado la aprobación de los hombres, sea también haciendo demasiado aprecio de los juicios humanos, con perjuicio del servicio de Dios, prometed corregiros; y pedid esta gracia á Jesús, por la sabiduría y la gracia en las cuales iba creciendo durante su vida oculta.

II

Considerad que la vida de Jesús fué un continuo ejercicio de obediencia. «Y estaba sujeto á ellos.»² Tal es el resumen que hace el Evangelista San Lucas de esta vida oculta. Obediencia de Jesús, obediencia admirable. ¿Quién obedece? ¿En qué obedece Jesús? ¿Cómo obedece?

I.—La Persona que obedecía es el Hijo del Padre eterno, igual á él por su naturaleza divina: pues aunque era inferior al Padre por su naturaleza humana, sin embargo, era

¹ Si hominibus placerem, Christi servus non essem. Gal. I, 10.

² Et erat subditus illis. Luc. II, 51.

siempre muy superior á las personas que le mandaban. Por derecho, no debía ninguna sumisión á José, pues José no era su padre. Por otra parte, como su humanidad estaba unida á la naturaleza divina del Verbo, y por consiguiente, elevada sobre todas las criaturas, estaba exento de obediencia para con su madre, lo mismo que para con cualquiera otro superior de la tierra. No obstante, este Dios omnipotente, á quien sirven las criaturas, á quien obedecen los Tronos, los Principados, las Dominaciones de las gerarquías celestiales, que tiene por súbditos á todos los reyes, este Dios se somete á la menor señal de José y de María; y no solamente una vez, sino mil y mil veces, por espacio de treinta años; era un hábito constante, como lo indica la palabra «erat.» Nos llenamos de estupor al leer en el capítulo décimo del libro de Josué, la obediencia del sol, que se detiene en su carrera, al mandato de este célebre capitán; pero nos admiramos todavía mucho más, ante las expresiones de que se sirve la Escritura, al referir el hecho: «El Señor obedeciendo á la voz de un hombre.»¹ Sin embargo, aquello solo fué un acto de obediencia, y en un negocio de la más alta importancia, puesto que se trataba de asegurar la derrota de los Amorreos, enemigos del pueblo de Dios. ¡Cuál será pues nuestra admiración al ver la continua sumisión del Redentor, para con la Santísima Virgen durante tan largo tiempo! Es cierto que María era la Madre de Dios, pero siempre es infinitamente inferior á la dignidad de su divino Hijo. ¡Qué motivo de confusión para nosotros, hombres viles, que nos atrevemos á levantar la cabeza y á rehusar la sumisión á las órdenes de Dios y de sus representantes en la tierra! Pedid á Jesús por su humilde obediencia, que humille esa soberbia, esa arrogancia que os han hecho desdeñar la observancia de los mandamientos de Dios, de los mandamientos de la Iglesia, y las órdenes de aquellos que ocupan el lugar de Jesucristo.

2.—¿Cuál era la materia de esta obediencia? Los oficios más humildes y más bajos, el oficio de carpintero. Decían

¹ Obediente Deo voci hominis. Jos. X, 14.

de Jesús: «¿No es este carpintero, é hijo del carpintero?»¹ Y no vayamos á creer que Jesús se ocupaba de objetos de arte, de trabajos delicados; fabricaba instrumentos toscos y comunes, yugos, arados, que le servirán de término de comparación, por ejemplo, cuando dirá: «Tomad sobre vosotros mi yugo. Todo el que pone la mano en el arado.»² Este es el sentimiento expresado por San Justino mártir, en la apología que dirigió á Trifón. Tampoco debemos creer que Jesús hacía este trabajo por manera de distracción, por entretenimiento, como se refiere de los dictadores romanos, que labraban la tierra con un arado: adornado de laurel, «*vomere laureato*» sino más bien por obedecer á su padre putativo, para aliviar la miseria de su Madre, y para sufrir el castigo infligido á Adán: «Comerás tu pan con el sudor de tu rostro.»³ Quedamos sorprendidos de que el arcángel San Rafael consintiese en servir de criado y de guía al joven Tobías. Mas, ¡qué mayor maravilla que el ver, no á un ángel, sino al Señor de los ángeles, al dueño del universo, servir á José y á María en las cosas más bajas! Lo que glorifica á Dios, no es la grandeza de la obra, sino la obediencia del que la practica, cuya obediencia no es menor cuando la cosa mandada tiene poca ostentación, que cuando procura honor y satisfacción. Entre las obras de menor apariencia recomendadas á los eclesiásticos, se encuentra la obligación de enseñar los elementos de la religión, de estudiar el catecismo á los niños rudos é ignorantes: nunca mireis este empleo como indigno de vuestro rango, cuando Jesús se baja hasta obedecer en cosas mucho más humildes. «¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no pide mas bien que se le obedezca?»⁴ dice Samuel á Saul. Nunca son abyectas las ocupaciones á las cuales nos entregamos por Dios, y á las que se

¹ Nonne hic est faber et fabri filius? Matth. XIII, 55; Marc. VI, 3.

² Tollite jugum meum. Nemo mittens manum ad aratrum. Matth. XI, 29, y 30; Luc. IX, 62.

³ In sudore vultus tui vesceris pane. Gen. III, 19.

⁴ Numquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius ut obediatur? I Reg. XV, 22.

entregaron los nuncios apostólicos como San Francisco Javier, los obispos, como San Francisco de Sales, y hasta los Cardenales, como San Carlos Borromeo.

3.—Jesucristo obedecía—1) con prontitud, aun en las cosas difíciles. Podemos sacar esta conclusión, de la presteza con que ejecutó la cosa más difícil que pudiera presentarse; quiero hablar de su muerte tan dolorosa como ignominiosa. «Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.»¹—2) Con alegría, manifestando que encontraba gusto y placer en obedecer; y así acostumbraba dar á la obediencia el nombre de *comida*: «Mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado,² » como si en el ejercicio de la obediencia hubiese encontrado esa satisfacción que encuentra un hambriento en la comida.—) Con obediencia, es decir, obedeciendo por obedecer. ejecutando lo que se le mandaba por la sola razón de que se le había mandado. En efecto, hacer, lo que es propiamente la virtud de la obediencia, la cosa mandada porque es de nuestro gusto, esto no es obedecer, sino ceder al amor propio; y ejecutarlo porque nó es de nuestro gusto, tampoco es obedecer, sino mortificarse. El motivo formal que constituye y pone en movimiento la obediencia, es que hay orden del superior. Examinad si vuestra obediencia tiene estas propiedades; y para esto; recorred en vuestro pensamiento las diversas clases de preceptos. He aquí por ejemplo el precepto que os obliga á recitar el oficio. ¿Lo recitais, en primer lugar, con prontitud y á las horas señaladas, ó bien lo dejais para la tarde, como mal pagador que paga lo más tarde posible? ¿Lo recitais con alegría, ó lo mirais mas bien como una carga muy pesada, y tal vez envidiais la suerte de los que nó tienen que llevarla? En fin, ¿lo recitais con espíritu de obediencia, para cumplir con el precepto, ó puramente por costumbre? ¡Oh! cuántos preceptos se cumplen nada mas por evitar el pecado, pero sin el

¹ Factus obediens usque ad mortem, mortem autem Crucis. Ad Phil. II, 8.

² Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me. Joan. IV, 34.

mérito de la obediencia! En estas condiciones es como se ayuna, se guardan las abstinencias, y se observa el domingo; ni aun se piensa en cumplir con el precepto. « Vivamos sobriamente, justamente y piadosamente en este siglo. ¹ » No basta ser sobrio, justo y piadoso; sino que es menester serlo también sobriamente, justamente y piadosamente.

III

Considerad que la vida de Jesús está en continua oposición con los axiomas y los principios, que tanto entonces como ahora están en uso entre las personas del mundo. He aquí porqué dice que su reino no es semejante á los otros. « Mi reino no es de este mundo. ² » Ya mucho tiempo antes había dicho por boca del Profeta: « Mis pensamientos no son vuestros pensamientos. ³ » Reflexionad sobre el modo con que se opone á las máximas del mundo; pues teneis que imitarle para provecho vuestro y para provecho de los demás.

I.—Jesús se opone de dos maneras á las máximas del mundo, por las acciones y por la palabra; pero primero es por las acciones y después por la palabra. « Jesús ha comenzado á hacer y á enseñar. ⁴ » Primero á hacer, *facere*, y luego á enseñar, *docere*; *facere* en su vida privada, y después *docere* en la predicación. Debía enseñar que son bienaventurados los pobres, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los penitentes, bienaventurados los pacíficos, bienaventurados los que padecen persecución. Mas antes de enseñar una doctrina tan contraria á los sentimientos comunes de los hombres, quizo Jesús practicarla él mismo. Escogió la pobreza, una vida incómoda, la sumisión, la pa-

1 Sobrie, juste et pie vivamus in hoc sæculo. Tit. II, 22.
 2 Regnum meum non est de hoc mundo. Joan. XVIII, 36.
 3 Cogitationes meæ non sunt cogitationes vestre. Is. LV, 8.
 4 Cæpit Jesus facere et docere. Act. I, 1.

ciencia, los oprobios. Siendo perseguido por Herodes, nó se vengó; habiendo podido hacerlo tan fácilmente: para sustraerse á su furor, nó recurrió á algunos medios honrosos, á los milagros como podría hacerlo, sino que recurrió á unos medios que entre los hombres son considerados como viles y cobardes, y huyó. Pudiendo escoger una vida cómoda y contenta, prefirió vivir en las incomodidades de un trabajo y de un oficio laborioso. Pudiendo escoger un puesto elevado, la autoridad del mando, prefirió someterse nó solamente á José y á María que eran santos, sino á los impíos, á los emperadores romanos, y les pagó el tributo. He aquí la manera con que Jesucristo comenzó la conversión del mundo: conversión continuada después por los apóstoles sus imitadores.

2.— Reflexionad acerca de estos ejemplos y de esta doctrina de Jesucristo. Alguno se engaña; ó Jesús ó el mundo. « O Jesucristo se engaña ó el mundo está en el error. ¹ » como decía San Bernardo. Mas Aquel que se nos ha dado por Maestro por el Padre Eterno, nó puede engañarse. « Escuchadle. ² » Ha venido para dar testimonio de la verdad. ³ Para enseñar esta doctrina no solamente tuvo Jesus que decir un *fiat*, como para crear el mundo; sino que se entregó á las incomodidades, á los ultrajes, derramó no solamente su sudor, sino también su sangre; y en fin, dió hasta su vida. ¿Os atreveríais pues á decir que Jesucristo se engaña y que el mundo está en la verdad? No os preocupeis al ver que el mundo tiene tantos partidarios; pues el camino transitado siempre pareció el mejor: mas ya sabeis bien que »son muchos los llamados y pocos los escogidos. ⁴ » Sabeis también que el camino del cielo es muy estrecho. ⁵ Y vale mucho más, el parecer de un corto número de sabios, aun en las co-

1 Aut Christus fallitur aut mundus errat.
 2 Ipsum audite. Matth. XVII, 5.
 3 Ad hoc veni ut testimonium perhibeam veritati. Joan. XVIII, 37.
 4 Multi sunt vocati, pauci vero electi. Matth. XX, 16.
 5 Arcta via est quæ ducit ad vitam. Matth. VII, 14.

sas humanas, que el consejo de una multitud de estultos. ¹ No hagais pues esta injusticia á los ejemplos y á la doctrina de Jesucristo, de preferirle en la práctica, como lo habeis hecho hasta ahora, los ejemplos y los axiomas del mundo.

3.—A los eclesiásticos encargados de velar no solamente por su salvación sino también por la del prójimo, es necesario, más que á los otros, imitar á Jesucristo oponiéndose á las máximas del mundo, primero por los actos, y después por las palabras; pues de otra manera edificareis con una mano y destruiréis con la otra. «El que haya practicado y enseñado, ese será llamado grande. ² » San Dionisio Areopagita dice que los sacerdotes deben ser «santos y santificadores, perfectos y perfeccionadores, ilustrados é ilustradores. ³ » Si vos estimais las máximas del mundo, nunca inspirareis el desprecio de ellas á los demás; vuestras palabras serán como un cañón cargado con pólvora y sin bala, que hace ruido pero no hiera. San Pablo obraba de otro modo, y así podía decir á los Corintios: «Mi discurso no consiste en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu. ⁴ » Si vos sois avaro, ¿cómo inspirareis el desapego á las riquezas? Si vos teneis tanto apego á vuestra reputación, ¿cómo persuadireis á los otros á renunciar á ella? «Ninguno dá lo que no tiene. ⁵ » «Quien no está encendido no enciende. ⁶ » Pedid aquí perdón al Señor, si alguna vez con vuestras acciones habeis destruido lo que enseñabais por vuestras palabras, y prometedle oponeros como él á las máximas del mundo, primero por el ejemplo y en seguida por la doctrina. Terminad la meditación implorando el auxilio divino por la oración siguiente:

¹ Stultorum infinitus est numerus. Eccli. I, 15.

² Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur. Matth. V, 19.

³ Sacri et sacantes, perfecti et perficientes, illuminati et illuminantes.

⁴ Sermo meus non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus. I. Cor. II, 4.

⁵ Nemo dat quod non habet.

⁶ Qui non ardet, non incendit. S. Greg.

Deus qui generi humano Filium tuum Unigenitum Doctorem vitæ tribusti, da quaesumus et quod egit imitatione complere. Per eundem Dominum nostrum, etc.

LECTURA. Imit. I, 1, 2: III, 4, 13.

XV MEDITACION

De las predicaciones de Jesús.

OCTAVO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

1. *Preludio.*—Imaginaos que veis al Redentor recorriendo á pié los pueblos, las aldeas y las ciudades de la Judea, predicando su doctrina evangélica, enseñando á las multitudes, instruyendo más particularmente á sus apóstoles para hacer de ellos los maestros del mundo; y atraídas por la suavidad de su palabra y por la grandeza de sus milagros, las multitudes acuden á porfía para escucharle.

2. *Preludio.*—Pedid á Jesús que encienda en vuestro corazón un santo celo por la salvación de las almas; y con este fin decidle: «El celo de vuestra casa me ha devorado, y los ultrajes de aquellos que os insultan han caído sobre mí: ¹ » ó bien: «El desfallecimiento me abruma á la vista de los pecadores que abandonan vuestra ley; ² » ó esta otra: «Nó es á nosotros, nó es á nosotros, Señor, sino á vuestro nombre, al que se debe dar la gloria. ³ » Estas son las oraciones jaculatorias para la mañana.

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º el fin, 2.º los medios, 3.º los frutos de la predicación de Jesucristo.

¹ Zelus domus tuæ comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. Ps. LXVIII, 10.

² Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Ps. CXVIII, 53.

³ Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Ps. CXIII, 1.